

El libro del Conde Lucanor

Ejemplo XXXV: De lo que aconteció a un mancebo que se casó con una mujer muy fuerte y muy brava

El Planteamiento del Conde

Hablaba otra vez el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le decía:

—Patronio, un pariente mío me ha contado que lo quieren casar con una mujer muy rica y más ilustre que él, por lo que esta boda le sería muy provechosa si no fuera porque, según le han dicho algunos amigos, se trata de una doncella muy violenta y colérica. Por eso os ruego que me digáis si le debo aconsejar que se case con ella, sabiendo cómo es, o si le debo aconsejar que no lo haga.

—Señor conde —dijo Patronio—, si vuestro pariente tiene el carácter de un joven cuyo padre era un honrado moro, aconsejadle que se case con ella; pero si no es así, no se lo aconsejéis.

El conde, intrigado, le rogó que le contase lo sucedido.

El Relato de Patronio

En una ciudad vivían un padre y su hijo, que era excelente persona, pero no tan rico que pudiese realizar cuantos proyectos tenía para salir adelante. Por eso el mancebo estaba siempre muy preocupado, pues siendo tan emprendedor no tenía medios ni dinero. En aquella misma ciudad vivía otro hombre mucho más distinguido y más rico que el primero, que sólo tenía una hija de carácter muy distinto al del mancebo: pues cuanto en él había de bueno, lo tenía ella de malo. Por tal motivo, nadie en el mundo querría casarse con aquel diablo de mujer.

Aquel mancebo tan bueno fue un día a su padre y le dijo:

—Padre, pues no sois tan rico que podáis darme cuanto necesito para vivir, me veré en la necesidad de pasar miseria o irme de aquí. Si vos dais vuestro consentimiento, me parece más juicioso buscar un matrimonio conveniente para llevar a cabo mis proyectos.

Dijo el mancebo que quería intentar que aquel hombre rico le diera a su hija por esposa. El padre se asombró, pues no había nadie en el mundo que, conociéndola, quisiera casarse con ella. Pero tanto insistió el hijo que el padre, aun pareciéndole extraño, aceptó.

Marchó luego a casa de aquel buen hombre y le pidió la mano de su hija. Cuando el amigo oyó aquello, contestó:

—Por Dios, amigo, si yo autorizara esa boda sería vuestro peor enemigo. Vuestro hijo es muy bueno y estoy seguro de que, si se casa con mi hija, morirá, o su vida será peor que la misma muerte. Mas no penséis que os digo esto por no aceptar vuestra petición; si la queréis, a mí mucho me contentará entregarla a cualquiera que se la lleve de esta casa.

La Noche de Bodas

Celebrada la boda, llevaron a la novia a casa de su marido. Siguiendo las costumbres de los moros, les prepararon la cena, les pusieron la mesa y los dejaron solos hasta la mañana siguiente. Pero los parientes estaban llenos de miedo, pensando que encontrarían al joven muerto o malherido.

Al quedarse solos, se sentaron a la mesa. Antes de que ella pudiese decir nada, miró el novio a un perro que allí estaba y le dijo ya bastante airado:

—¡Perro, danos agua para las manos!

El perro no lo hizo. El mancebo, fingiendo gran ira, volvió a ordenarlo, pero el animal seguía sin obedecerle. Entonces el joven se levantó, cogió la espada y se lanzó contra el perro. Lo persiguió por toda la casa hasta que le dio alcance y lo hizo pedazos, ensangrentando la mesa y la ropa.

Después, volvió a sentarse y miró a un gato.

—¡Cómo, falso traidor! —le gritó—. ¿No has visto lo que he hecho con el perro? Juro por Dios que, si tardas en hacer lo que mando, tendrás la misma muerte.

Como el gato no se movía, el mancebo lo cogió por las patas y lo estrelló contra una pared, haciéndolo cien pedazos con mayor ensañamiento aún. La mujer, al ver aquello, pensó que se había vuelto loco y guardó silencio.

Finalmente, vio a su único caballo en la cámara y le mandó traer agua. Como el caballo no se movió, le gritó:

—¡Cómo, don caballo! ¿Pensáis que por ser el único que tengo os respetaré la vida? Si no cumplís mis órdenes, juro ante Dios daros tan mala muerte como a los otros.

Al no obtener respuesta, se acercó al animal y le cortó la cabeza con mucha rabia. Al ver su mujer que mataba incluso al caballo, le entró un miedo tal que no sabía si estaba viva o muerta. El mancebo volvió a la mesa con la espada ensangrentada en el regazo, miró a su mujer con muchísima furia y le dijo:

—Levantaos y dadme agua para las manos.

La mujer se levantó a toda prisa y le trajo el agua. Él le dijo:

—¡Ah! ¡Cuántas gracias doy a Dios porque habéis hecho lo que os mandé! Pues de lo contrario, habría hecho con vos lo mismo que con ellos.

La Resolución

Durante toda la noche, ella se limitó a obedecer. A la mañana siguiente, cuando los parientes se acercaron a la puerta y no oyeron nada, temieron lo peor. Pero la novia, al verlos, se les acercó muy despacio y les increpó:

—¡Locos, insensatos! ¿Qué hacéis ahí? ¡Callaos, si no, todos moriremos, vosotros y yo!

Al saber lo ocurrido, sintieron gran estima por el mancebo por haber sabido imponer su autoridad. Desde aquel día, la mujer fue muy obediente y llevaron muy buena vida.

Días después, el suegro intentó imitar a su yerno matando un gallo frente a su propia esposa. Pero ella le dijo:

—En verdad, don Fulano, que os decidís muy tarde. Ya no os valdría de nada aunque mataseis cien caballos: antes tendríais que haberlo hecho, que ahora ya nos conocemos de sobra.

La Moraleja de Patronio

—Vos, señor conde, si vuestro pariente es como aquel mancebo, aconsejadle que se case; pero si no puede imponerse, que deje pasar la oportunidad. Y a vos os aconsejo que, al tratar con los hombres, les deis a entender desde el principio cómo han de portarse con vos.

El conde vio que este era un buen consejo y le fue muy bien. Y como don Juan Manuel comprobó que el cuento era bueno, hizo estos versos:

Si desde un principio no muestras quién eres, nunca podrás después, cuando quisieres.